

blecer la ley del matrimonio: «El hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer» (Gen. 2 24).

5º La unión de María con Jesús se manifiesta en los misterios del Santo Rosario.

Ahora ya podemos descubrir y meditar las bellezas espirituales que revisten los misterios del Rosario, viendo en ellos a Jesús y María caminar de concierto como Esposo y Esposa. Ya no tenemos en Ella sólo a la Madre siguiendo a su Hijo, como en la vida pública y en el Calvario, ni llevándolo, como en la Visitación y Presentación en el Templo; sino a nuestro Adán celestial, el «Padre del siglo futuro» (Is. 9 6), y a nuestra Eva inmaculada, la «verdadera Madre de los vivientes» (Gen. 3 20), recorriendo el mismo camino, yendo al mismo ritmo y trabajando en la misma obra. Allí están unidos por estado y sobre todo por su amor que, aunque sigue creciendo y reavivándose, nunca llega a la medida que le asigna la Sabiduría divina, y que sólo alcanza su culmen en el paraíso. Todo esto está en el fondo de cada uno de nuestros quince misterios. Creámoslo de corazón, porque sin esta fe, no lograremos tener su plena comprensión ni captar todos sus sabores.

No nos fijemos demasiado en lo exterior. Por lo que a los misterios gozosos se refiere, Jesús y María están unidos incluso exteriormente. Mas si luego María parece ausente de la agonía de Jesús en el Huerto, estemos seguros de que por su alma estaba presente, sea porque la omnipotencia de Dios la transportó allí en espíritu –hay hechos análogos en la historia de los Santos–, sea más bien porque Dios la iluminaba interiormente sobre lo que sucedía en esos misterios, y sobre la angustia indescriptible que en ellos sufría su Hijo. Lo mismo vale para todos los demás misterios dolorosos, que Ella pudo contemplar. Esto es de fe por lo que se refiere a la crucifixión; y la más auténtica tradición lo certifica para el Vía Crucis, durante el cual se encontraron mutuamente. La misma tradición parece indicarnos que esta Madre de los Dolores vio, aunque sólo fuera de lejos, la cruel flagelación y hasta la coronación de espinas. Por lo que a los misterios gloriosos se refiere, no hay la menor duda para la Resurrección, ni para la Ascensión del Salvador. Y los misterios de Pentecostés, la Asunción y la Coronación de María son, más aún que los demás, los misterios propios de la Santísima Virgen; pero Jesús, presente en el primero por su Espíritu Santo a quien envía y con quien es uno, está más personalmente presente en los otros dos, porque es El mismo quien, obrando a través de sus ángeles, lleva a su Amada al cielo, como se dice en el Cantar (8 5), y nadie puede imaginarse que haya dejado a otros el cuidado y la alegría de coronarla en el cielo.

Comprendemos ahora cómo los misterios del Rosario, siendo los de Jesús, son también los de la Santísima Virgen, y cómo son los de la Santísima Virgen precisamente por ser los de Jesús. En estos misterios están constantemente unidos, manifiestan los mismos sentimientos y sacan los mismos frutos, ya sea para Dios, ya sea para sí mismos, ya sea para nosotros.

Unión de Cristo y de María en los misterios del Rosario

*Entresacado del libro
«Pláticas sobre los misterios del Santo Rosario»,
de Monseñor Charles Gay: 3ª Plática.*

Los misterios del Rosario, siendo los de Jesús, son también los de la Santísima Virgen, y son los de la Santísima Virgen precisamente por ser los de Jesús. Es lo que nos toca exponer en las líneas que siguen.

1º Unión indisoluble entre Jesús y María.

En el Rosario, Jesús y María aparecen a nuestros ojos como indisolublemente unidos, por su predestinación en la mente divina, y por lo tanto, en su historia en el tiempo. En este sentido, nunca la realidad humana ha sido la expresión tan pura del ideal divino, como en la vida terrena de Jesús y de su Madre. Dios nunca los quiso ni los pensó el uno sin el otro; ambos son fruto de un mismo designio divino y constituyen una sola obra.

Y no sólo están unidos hasta ser inseparables, sino que dependen el uno del otro y se involucran mutuamente. María es primera e indispensablemente la criatura de Cristo, ya que Cristo es la Palabra «por quien todas las cosas han sido hechas» (Jn. 1 3). Del mismo modo, puesto que así lo decretó Dios, Jesús es indispensablemente el Hijo de la Santísima Virgen. En el orden de la eternidad, Jesús es, en cuanto Dios, anterior a María; mas en el orden del tiempo, María precede a Jesús. Jesús crea a María, mas Ella da a luz a Jesús. El debe «ser formado de mujer» (Gal. 4 4), y esta mujer es María. Ella es más que la puerta virginal por la que Jesús entra en el mundo: es la raíz de la vida que de Ella recibe.

Jesús no recibe más de su Padre la sustancia de su divinidad, que de María la sustancia de su humanidad. Ni recibe de Ella su humanidad como los demás hijos de Adán la reciben de su madre. En efecto, todos tenemos un padre terreno, mientras que Jesucristo no tiene ninguno. Entre el Padre celestial que nos lo envía, y la Virgen en quien El lo forma como hombre por obra de su Espíritu, no hay intermediario alguno. Tertuliano escribió: «Nadie es Padre como Dios»; y del mismo modo se puede decir que «nadie es Madre como María»; y de esto también resulta que ningún hombre es

hijo de su madre, como Jesús lo es de la suya. Todo lo que hay de humano en El, Cristo lo recibe solo e íntegramente de Ella. Ella no crea su alma, pero proporciona y da toda la sustancia del cuerpo para el cual y en el cual Dios crea esta bendita alma, que inmediatamente y para siempre se convierte en el alma del Verbo hecho carne.

2º Hasta dónde llega la unión de María con Jesús.

Ahora bien, el Padre, al hacer que se encarne en María este Hijo que, en los esplendores de su vida interior, engendra de su propia sustancia, no puede ser ajeno a nada de lo que este Hijo realiza en su nuevo estado de Dios-hombre o de Cristo. El sigue siendo el principio necesario y el primer autor de todo, según estas profundas palabras del Salvador: «*Mi Padre, que me envió, no me dejó solo, sino que, morando en Mí, hace todas mis obras*» (Jn. 8 29; 14 10). Lo mismo sucede, guardando las debidas proporciones, con María respecto de Jesús, de su vida y de sus acciones. De la Sabiduría está escrito que ella «*es el punto de partida de todos los caminos de Dios*» (Prov. 8 22). También debemos entenderlo de la Virgen Madre respecto de los caminos de su Hijo. Ella no es sólo la ocasión y la condición de todas las acciones del Salvador, sino su causa eficiente y su principio después de Dios. Todo lo que Jesús realiza como Dios-hombre, lo hace porque es hombre-Dios, y es hombre-Dios sólo por María.

Obviamente debemos tener en cuenta aquí el libre albedrío de Jesús. Este libre albedrío, que lo hace señor y autor personal de sus actos, naturalmente viene a interponerse entre El y esta Madre de quien El recibe humanamente el poder radical para realizarlos. Aunque Jesús y María tengan la misma naturaleza, no son una misma persona. Pero a las cosas a las que ya no llega la naturaleza, puede llegar el amor procedente de la gracia, extendiendo la unión mucho más allá del límite al que la naturaleza se ve necesariamente restringida.

3º La maternidad divina está a la base de la unión de María con los misterios de Jesús.

Amadísimos hermanos, hijos de la Santísima Virgen, para gloria de Ella e instrucción vuestra, para gozo de vuestro corazón y apoyo de vuestra piedad, sabedlo y no lo olvidéis nunca: antes de ser un acto físico, la concepción del Verbo por parte de María fue un acto moral. La tradición es unánime al decir que Ella lo concibió espiritualmente por la fe antes de concebirlo materialmente en su casto vientre. Su alma, completamente «*llena de gracia*», tiene aquí, por lo tanto, un papel más importante que su cuerpo. La gracia colma todas las alturas de este misterio sagrado, y lo penetra por todas partes: de modo que, tanto del lado de María que recibe y responde, como del lado de Dios que invita y da, el nacimiento de Jesús pertenece sin comparación más a la gracia que a la naturaleza.

A diferencia de otras madres, María sabe de antemano y perfectamente a quién debe dar a luz, y que de Ella nacerá el Hijo eterno de Dios. Ella lo acepta como tal, y como tal lo quiere y lo ama. Sobre todo, consiente en ser su Madre

porque sabe quién es, y sabe también por qué viene y lo que pretende hacer. Ella sabe, con cierta ciencia, que viene a instruir divinamente a los hombres, a redimirlos, a santificarlos, a salvarlos, y eso mediante un sacrificio. Por eso, al pronunciar su «*fiat*», consiente en concebir y dar a luz, no sólo a la persona de su Hijo, sino también a toda su vida tal como se desarrolla en el tiempo, con su misión, sus adoraciones, todas las formas de su oración y de su culto, sus enseñanzas, sus milagros, sus sufrimientos, su santa muerte que corona todo lo anterior, y los misterios de gloria que lo siguen y que lo consuman todo. Ella es, pues, verdaderamente la Madre de toda esta existencia de Cristo.

No es necesario para ello que conozca explícitamente los hechos particulares y todas las circunstancias de la vida de su Hijo, porque es verdad que, en su mayor parte, las ignora. Basta que conozca su principio, su naturaleza, su fin y lo que podríamos llamar su sustancia; ahora bien, esta sustancia la ve a la misma luz que ilumina su encarnación, y desde el instante en que se convierte en Madre de este Verbo encarnado. Ella toma, por ende, su lugar y su parte en su autoridad de Madre, esa autoridad que es una especie de participación de la autoridad misma de Dios sobre Jesús, y que Ella conserva siempre respecto de la vida del Salvador.

Y Jesús consiente a ello; es más, lo quiere como Ella y más que Ella, uniéndose enteramente a Ella en esta relación perpetua y sublime de una Madre –y de tal Madre– con su Hijo –y un Hijo que es Dios–, en una especie de santa dependencia que, a la vez que satisface su corazón filial, entra en cierta medida en esta obediencia de estado de la que hizo voto a su Padre celestial, y de la que San Pablo escribía: «Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2 8). Manifestada más o menos cuanto al exterior, esta misteriosa relación con María subsistió durante todo el tiempo que Jesús vivió en la tierra.

4º María, además de ser la Madre de Jesús, es la Nueva Eva del Nuevo Adán.

Pero la predestinación divina no sólo constituía a María Madre de Jesús, y Madre en la medida que acabamos de ver, puesto que, bajo un segundo aspecto, no menos cierto que el primero, Jesús es el nuevo Adán, y María es la nueva Eva. El es el Esposo, Ella es la Esposa, y por lo tanto «*su ayuda semejante a El*» (Gen. 2 18). La relación fundada en la Maternidad divina implica paridad de naturaleza y reciprocidad de afecto entre Jesús y la Virgen, a la vez que supone o reclama paridad y simultaneidad de operación, por cuanto la Esposa es por derecho la fiel cooperadora del Esposo. Así considerada, María es la mitad de Jesús, mitad subordinada –como lo es siempre la esposa–, pero mitad muy real, necesaria y significativa. De ahí se sigue que tienen las mismas condiciones de existencia, viven la misma vida y van verdaderamente –nunca mejor dicho– a medias en todas las cosas.

Por las elevadas razones que hemos tratado de explicar, ninguna separación era posible entre esta Madre y este Hijo. Aun así, más bien serían separables a este título de Madre e Hijo que a título de Esposos: porque Dios mismo hizo decir a Adán, al esta-